

¡Me duele!

Me duele que no les duelas, que no les importe el vasallaje que dobla tus dignidades, y aplaudan al amo que te envilece, y lo abracen, y pacten a espaldas tuyas; que digan que son un logro tuyo irrenunciable, ¡al que no renunciarás ya nunca!, unas aulas de adoctrinamiento salvaje, donde les tachan a su Dios desde que muy pequeños les cruzan el cuello con unas pañoletas rojas como el infierno por curvarles la voz y el alma; que son un logro tuyo unos brutales hospitales sin médicos, que atienden estudiantes: a los mal formados médicos los vendes, los alquilas —tú junto al tirano si se lo aplaudes— como si fueran muebles; los esquilmas y vejas. Inicuos hospitales donde se tuercen cifras, se mata y se maltrata; sin medicinas ni recursos; asquerosos, desvencijados; repletos, sí, de abandono y deprecio al decoro humano.

Acaso tengan razón en un extremo: en que no haya prisioneros de conciencia; lo dicen porque lo creen ferozmente: porque te miran sin conciencia y te creen (¡firme creencia!) como ellos, sin conciencia: te ven vacío de ella, porque nunca se han ocupado de forjarla. Tienen razón: a un pueblo en que no hay César ni burgués ni Dios, ¡ies himno!, porque hay tiranos y una nueva clase en que el César es dios, es un pueblo al que le arrancan la conciencia. Un pueblo sin conciencia que equivale a libertad de respirar, de trascender, de ser, ¡ide religión!: aprisionan al Cristo entre cuatro vigiladas paredes, ¡y no se los protestan!; pero hay paredón, donde al fusilar parece que se les arranca no se qué cosa extraña que no tienen...

Tienen razón. No vas a renunciar a nada, porque nada posees. No vas a renunciar a derecho ninguno, porque hace mucho que no tienes ningún derecho. No; no hay prisioneros de conciencia, porque para ver que hay conciencia en un preso, tú tienes que tenerla.

No vas a renunciar a esos derechos. No vas a renunciar a la universidad y a una escuela "gratis" que ya lo eran hace 60 años, antes de que ellos las convirtieran en centros de enseñanza comunista, y los niños tuvieran que pagar como labriegos en el campo, y tuvieras que perjurar que eras comunista para acceder a una carrera del Alma Mater ahora sin alma y sin madre. No vas a renunciar a esos malhadados hospitales, con que sustituyeron aquéllos de médicos famosos, sabios, donde todo era profesionalismo, pulcritud, esmero, delicadeza. No vas a renunciar ¿Lo oyes? ¿Lo tienes claro?: ¡Yo te lo ordeno! ¿Sabes cuál es la inconsciencia de todas las inconsciencias? Decirte que no renuncias como ukase, sin haberte preguntado si renuncias o no renuncias, con desprecio total de tu conciencia.

Me dueles, pueblo mío, me dueles hondo; me duelen ellos más acaso, porque se revuelve mi conciencia, la que tuvimos muchos, entre esos muros que ahora tú ocupas por las viles torceduras de sus malvadas inconsciencias. ¡Te juro que me dueles!

Jorge Arrastía